

¿Lo recuerdas?

POR HEIDI SAAVEDRA PÉREZ

Ya lo sabes. Todos estos años ha habido un monstruo silencioso que se ha ido apoderando de ti y esa tarde te diste cuenta.

Pero tú no te puedes mentir, en tu subconsciente sabías que esto podía ocurrir, que era una probabilidad, pero preferiste apelar a la negación y pensar que las leyes de la estadística no eran exactas.

Esto que pasa no es más que el resultado de tus decisiones, tomadas durante tu juventud, cuando te creías invencible. Ávido de sensaciones nuevas, te entregaste a mí con complacencia, labrando sin saber el camino que me permitiría adueñarme de ti.

Te sentiste glamoroso, sofisticado. Las mujeres te rodeaban, los amigos te llamaban. Pensabas que tenías la vida entera por delante para poder enmendar entuertos y nada te preocupó.

Pero la vida siguió y no enderezaste nada, te dio pereza, te faltó voluntad y pensaste que mejor mañana, mañana, mañana ...

Hoy que estás vencido miras con arrepentimiento el pasado y deseas lo imposible.

Humano, humano.

¿Recuerdas cuando te enteraste?

El impacto fue enorme.

Tu rostro lívido y tus labios temblorosos. Parecía que te ibas a echar a llorar.

Pero ¡no!, ¡aguantaste!

–¡Por Dios, esto no me puede estar pasando a mí! –exclamaste en shock.

Pero claro que te puede estar pasando, ¿recuerdas las estadísticas?...

En ese momento las recordaste y pensaste lo necio que habías sido al no considerarlas ni ciencias ni exactas.

El shock te duró unos días.

Después te llegó el enojo.

Rompiste cosas y arremetiste contra la inmortalidad, cuestionando su quehacer, sus designios y te pusiste en un tú a tú donde le sacaste los papeles a todos, sin guardarte ningún secreto.

Le preguntaste a Él si no estaba siendo injusto y un poco corto de miras, porque si hubiese justicia, definitivamente las cosas no serían así, le dijiste. Los demás también estarían en la podrida, ellos se lo merecían aún más.

Hay que ver qué bajo caíste. Traicionar así a tus amigos. Exponer sus miserias y negociar con la Justicia.

Unos días después lloraste, te acercaste a Él y pediste perdón. Tuviste la decencia de avergonzarte por tu egoísmo y sentirte arrepentido y te dispusiste como el mejor de los abogados a negociar. Prometiste varias mandas, dejarte crecer el cabello y llevarlo a Las Tablas para la Virgen de Santa Librada, caminar de rodillas el Cristo de Atalaya, ayunar a pan y agua los viernes y sobretodo no volverlo a hacer.

Él te escuchó en silencio, y en ese silencio te sentiste escuchado.

Esperanza vana.

Han pasado varios meses y tu cuerpo y yo nos hemos hecho uno, comunión imperfecta.

Una enredadera oscura se ha deslizado dentro de ti, oprimiéndote, restringiéndote, absorbiéndote, tu vitalidad poco a poco desapareciendo. Ya no tienes fuerzas ni para hablar. Tu debilidad es mi fuerza. Tu antigua belleza ha desaparecido, la imagen perfecta de Él ya no se reconoce en ti. Profanaste Su templo.

Tienes miedo.

Se huele en el aire, se mira en tus pupilas dilatadas por el terror a lo desconocido. Se te contraen las entrañas ante lo inevitable.

–Calma, calma, respira suave –te dicen– si no, te vas a agitar más.

Palabras vanas de alguien que no te comprende, de alguien que no lo sabrá hasta que ocupe tu lugar. Entonces de seguro que vas a querer estar ahí para decirle de manera sarcástica *calma, calma...*, pero ya no estarás.

Arrepentimiento.



Desesperación.

Angustia.

Asfixia. Aire. Te falta. Lo buscas. Te escucho aspirar con fuerza, tus labios morados, tu cuerpo exangüe.

Vida.

Algo queda en ti.

Tiempo para que me aceptes.

Te vuelvo a escuchar, abres tu boca en un intento de comerte el aire y cierras los ojos en un último signo de negación, para no ver la negrura que se te viene encima, irremediable.

Silencio.

Oscuridad.

No me aceptaste. Pero formé parte de ti desde que tomaste esa decisión. Desde que tus manos llevaron a mi mejor aliado a tus labios. Tu primer cigarrillo.

¿Lo recuerdas?

HEIDI SAAVEDRA PÉREZ. Panamá, 1975. Estudió Medicina en la Universidad de Panamá (2000). Se especializó en Psiquiatría en el INSAM (2006). Diplomada en Psicooncología en el Hospital Marie Curie. Estudios en Terapia Cognitiva Conductual. Postgrado en Docencia Superior. Trabaja en la Policlínica "Manuel Ferrer Valdés" del Seguro Social y en el Hospital Paitilla. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.

Más que amigos

POR FEDERICO RODRÍGUEZ G.

A pesar de lo que pasó después, con frecuencia recuerdo aquella época anterior a que él se decidiera a destaparse ante mí, cuando, totalmente inocentes, aún éramos simplemente amigos.

Desde niños fuimos cómplices en todo. Además de vecinos, cursábamos el mismo grado, así que siempre hacíamos juntos nuestras travesuras. En clase, algunas veces él estudiaba y yo me limitaba a copiar, pero en otras ocasiones me tocaba a mí hacer la tarea, por los dos. Aunque yo no entendía por qué razón mi papá no quería vernos jugando juntos, en los deportes él nunca pudo conmigo, y por eso ahora se me ocurre pensar que quizás ya desde entonces él tenía esa espinita dentro. En realidad no me extrañaría comprobar que todo venga de allí, porque, si bien yo me destacaba en lo físico, él, en cambio, era más creativo y con tendencia hacia lo artístico. Por eso veo en los sucesos actuales una especie de desquite planeado por él durante todo este tiempo, quizá como una manera de resarcirse.

Las hormonas y la adolescencia nos encontraron desprevenidos y pensando todavía en chiquilladas. A ambos nos tomó un par de años asimilar poco a poco los cambios y el desarrollo. Yo me estiré rápidamente, de seguro gracias a mi afición por los deportes, mientras él se quedó bajito pero, ¿qué culpa podía tener yo? Le tomó más de tres años alcanzar mi estatura y los otros muchachos